

Que á plomo lanza sus ardientes rayos,  
 Anuncia que el vapor de la mañana  
 Copiosa lluvia tornará en la tarde;  
 Pero ni ese calor de Mayo ardiente  
 Detiene con su fuerza á los que luchan;  
 Siguen en todas partes, en contorno  
 Ataques y proyectos, procurando  
 Distraer á la plaza, mientras carga  
 Allá en el Sur el ímpetu violento.

Luego que va la tarde declinando,  
 Cesando van los fuegos lentamente,  
 Y uno que otro estallido se percibe  
 Que se confunde con el eco sordo  
 De las nubes que tiéndense en el cielo  
 Presagiando terrible la tormenta.

El pueblo ya vacila y se entristece,  
 Mas no se abate el bélico ardimiento  
 De los soldados que doquier combaten.  
 Así la tarde transcurriendo sigue  
 Mientras que ya la noche se avecina,  
 Con sus siniestras sombras y relámpagos.

Al llegar esa noche tremebunda,  
 Lluvia ligera las campiñas riega;  
 El sol perdido en el lejano ocaso  
 Ni un destello de luz dejado había,  
 Ni las estrellas en Oriente lucen,  
 Ni del cielo se ve la transparencia,  
 Y aun el campo se pierde entre las sombras  
 Húmedas con la lluvia de la tarde.  
 En medio de ese cuadro de pavora,  
 Llegando fué á las frágiles murallas

Nuestro parlamentario, que volvía  
 Del campo de los galos invasores;  
 Y desde luego se dirige ansioso  
 Al palacio do el jefe lo esperaba.

En tanto cesa el fuego en todas partes,  
 Tal vez por la espesura de la noche.  
 En medio de las tétricas tinieblas,  
 Del hospital percíbese que salen  
 Dos jóvenes humildes, candorosas,  
 Que de luto vestidas y en silencio  
 Caminan largo trecho hacia el Oriente;  
 Luego al Noreste pronto se encaminan  
 Por las oscuras calles, tropezando  
 A cada paso con ruinas tristes.  
 Por fin rompiendo su silencio una,  
 Así dice á la otra: Elena, hermana,  
 Has trabajado mucho. En esta noche  
 Que parece de calma y de silencio,  
 Debemos descansar, yo no resisto.....  
 Elodia, le contesta la doncella,  
 Tienes razón, mi cuerpo fatigado  
 Siento que cede ya; mi fuerte espíritu  
 Más de sesenta noches ha animado  
 A mi abatido corazón. Mi pena  
 He podido callar dentro del alma;  
 He orado ya de Herlindo á la memoria,  
 Con todo el fuego que en mi fe podía,  
 En expiación de su maldad, vertiendo  
 Copioso llanto de mis tristes ojos;  
 Pero me siento débil, y..... el suicidio.....  
 Dios lo reprueba! resistir no puedo.....  
 En verdad, dijo Elodia, hemos cumplido  
 Como amantes mujeres cariñosas,

Tú viviendo en memoria de tu amante,  
 Y yo por un amor sin esperanza!  
 Mas demos al dolor alguna tregua,  
 Para después ser útiles. En esto  
 Llegaban al pequeño bosquecillo  
 De hermosos fresnos, que en mejores días  
 De sus gigantes copas á la sombra,  
 A las bellas poblanas, encantaban  
 Las fiestas y los grandes regocijos.  
 Y á orillas del arroyo que murmura,  
 Y cerca de la fuente arrulladora  
 Se sentaron las dos, vertiendo el llanto  
 Que les hace arrancar hondos recuerdos.....

Una recuerda á su traidor amante  
 Que murió arrepentido de su infamia;  
 La otra al que vivo en brazos de una virgen,  
 Tal vez la gratitud de Elodia olvida.  
 Yo quisiera mejor, repuso Elodia,  
 Muerto llorar al hombre que yo adoro,  
 Que verle coronando con sus lauros  
 Las sienas de otro ser que yo no fuera!  
 Y debe amarla, porque su alma pura  
 Debe amar la virtud! La hermosa Amira  
 Es un ángel, Elena, tú la has visto  
 Con su ternura consolar al triste,  
 Con sus encantos inspirar confianza;  
 Y con su caridad al desgraciado,  
 El alivio prestarle en sus dolores.

Olvida, Elodia, contestóle Elena,  
 Ese amor imposible, porque Amira  
 Tal vez mañana ante el altar sagrado  
 Va á jurar ante el Dios de los ejércitos  
 A Filópatro amor y honra á su nombre.

Ya no sigas, Elena, abandonemos  
 Estos sitios, la noche se adelanta,  
 Debemos descansar. Vamos, hermana,  
 Dijo Elena, y entrambas enlazadas  
 Salieron de aquel sitio pavoroso.  
 A una vecina casa se acercaron,  
 Y haciendo una señal, giró una puerta,  
 Que se cerró tras ellas, silenciosa.

Entretanto Dalmiro recorría  
 Del Palacio los tristes corredores;  
 Y como siempre á la hora señalada  
 Brilló una luz, y luego de una reja  
 El ruido se oyó, salió Lucila  
 Y recibió de manos de Dalmiro  
 El diario auxilio que á los pobres daba.  
 Pero esta noche no partió al momento,  
 Sino que deteniéndose, á su amante  
 Le dijo con amor indefinible:  
 Oye Lucila, siento aquí en el alma  
 Tristes presentimientos que me agobian;  
 ¿No ves qué triste y pavorosa noche  
 Nos cubre con sus sombras, que difunden  
 Espanto por doquier? Tal vez muy presto  
 Yo deberé morir, el pecho mío  
 Se agita sin cesar, late violento,  
 Y en él mi ardiente corazón se oprime.....  
 Sola dejarte no quisiera, hermosa!  
 Disipa esa ilusión, dijo Lucila,  
 Yo tengo fe, y me dice la conciencia  
 Que ileso quedarás en esta lucha,  
 Pues por la patria sin cesar peleas.....  
 Ve sin temor al punto, que mis labios  
 Por tí á Dios sin cesar ruegan fervientes,

Dijo Lucila, descubrir dejando  
 En su rostro un contento, una esperanza  
 Que en sus brillantes ojos relucía.  
 No pudo menos que enjugar ardiente  
 Dalmiro, de sus ojos una lágrima,  
 Y estrechando á Lucila entre sus brazos,  
 Un ósculo le dió en la frente pura;  
 Pero antes de partir así le dijo:  
 Pues bien, tu fe me alienta, mientras parto,  
 Dí á tu padre que luego que la aurora  
 Su luz derrame espléndida y fecunda,  
 Acuda aquí para que Dios bendiga  
 Nuestra perpetua unión, todo está listo;  
 Antes que esto termine, el dulce nombre  
 Quiero darte de esposa, amada mía;  
 Ya de mis jefes el permiso tengo,  
 Ya está dispuesto el sacerdote, y listo,  
 Para que si la muerte me arrebatara  
 Y la patria mi tumba condecora,  
 Tú, mi querida esposa, dignamente  
 La recompensa de mi afán recibas;  
 Viuda, obtendrás mis lauros y corona.  
 Dijo, y dando otro abrazo á su Lucila,  
 Partió de gozo y de ilusión llorando.

Ya Filópatro ansioso le esperaba  
 En silencio, y guardando sus secretos  
 Presentimientos, que pensar le hacían  
 En el fin de la guerra desastrosa,  
 Y en los tristes rumores que circulan,  
 Cuando llegó su amigo tan querido:  
 Dalmiro, al encontrarle, estrecho abrazo  
 Le dió contento, con ternura, y luego  
 Así le dijo con acento alegre:

Alégrate, Filópatro, disipa  
 Esa tristeza que tu frente cubre,  
 ¿No es verdad que me amas, y cual padre  
 Me has guiado en el valle de la vida,  
 Siempre de gloria y de virtud y ciencia,  
 Mostrándome los plácidos senderos?  
 ¡Y lo dudas Dalmiro, tierno hermano,  
 Hijo del corazón, prenda del alma!  
 No Filópatro, estréchame, mañana  
 Cuando la luz asome en el Oriente,  
 Y el sol de Mayo ardiente vierta flores,  
 Y haga resplandecer nuestras banderas  
 Como el iris magnífico del cielo,  
 Lucila y yo, con eternos lazos,  
 Ante el ara de Dios nos uniremos;  
 Tú y Amira estarán en los jardines  
 Del palacio, que sois nuestros padrinos;  
 Tal vez á esa hora el eco de las bombas  
 Saludará á los nuevos desposados,  
 Y el humo de la pólvora violenta  
 Se unirá al del incienso que levante  
 El sacerdote en el altar de Cristo.

Filópatro en silencio le miraba,  
 Contemplando el candor y la fe pura  
 De aquella alma de niño, en la que ardía  
 La constancia, el valor y la firmeza,  
 Que ha mostrado cien veces indomable  
 En medio de los campos de batalla;  
 Hasta que al fin rompiendo así le dice:  
 Estaremos allí querido hermano;  
 Tú sabes que te amo, que te ama  
 Amira como á un hijo predilecto,  
 Pero no sé que anuncian los latidos

De mi angustiado corazón. En tanto  
 Olvidemos las penas. Dios te colme  
 De gracias, y de bienes y ventura:  
 Mas vamos al palacio que una orden  
 Acaba de llegar para los jefes,  
 Y éstos acudirán muy brevemente  
 A la junta de guerra..... Son las once,  
 Volemos á cumplir nuestra consigna.

Dijo, y ambos amigos enlazados  
 Se apartaron en medio de las sombras  
 De aquellos sitios tristes, abatidos.  
 Cruzaron por las calles taciturnos,  
 Dando las contraseñas y las voces  
 Prescritas, y al palacio se dirigen  
 Ambos con pensamientos encontrados,  
 Aunque ambos llenos de amistad sublime.

Mientras caminan nuestros dos amigos,  
 Y la noche también avanza lenta,  
 Reinaldo, pensativo y silencioso,  
 En una sala de la plaza, lejos  
 Se encuentra al lado de su amante madre,  
 Que también silenciosa le contempla.  
 Reinaldo, al fin mirando que se avanza  
 La noche y tiene que cumplir una orden,  
 Así prorrumpe con acento ardiente:  
 "Madre, esta noche, es noche de misterios;  
 "Los Generales todos al palacio  
 "Concurren, y aun se ignora el movimiento  
 "Que debemos hacer; según circulan  
 "Rumores en los jefes, esta noche  
 "Romperemos el sitio á sangre y fuego.  
 "¡Y cuántos, madre, cuántos moriremos!

"Tal vez seré el primero, madre mía:  
 "Por eso vengo á que tu mano amante,  
 "Me bendiga, señora, y á estrecharos  
 "En mis brazos tal vez para alejarme  
 "Para siempre de vos, madre querida.....!"

Apenas esto conmovido dijo,  
 Y no pudo seguir, porque las lágrimas  
 Que bañaban su rostro lo impidieron,  
 Y postrándose al punto de rodillas,  
 Este valiente que sereno ha visto  
 Estallar á sus plantas las metrallas,  
 Y rodar rimbombado con estruendo  
 Las bombas formidables, en su llanto  
 Anegado y con pecho palpitante  
 La bendición materna demandaba.

La madre dolorida, ni un gemido  
 Pudo exhalar, y al hijo bendiciendo  
 E imprimiéndole un ósculo en la frente  
 "Alza, le dijo, sangre de mi sangre,  
 "Hijo de mis entrañas, sacrificate,  
 "Si es necesario, en aras de la patria;  
 "Ve á cumplir tu deber como soldado,  
 "Defensor de la ley y la justicia  
 "Y de la libertad. Está prescrito  
 "Que yo viva cercada de dolores  
 "En este mundo, mientras parto al cielo.  
 "Adios hijo del alma, yo confío  
 "En que ese Dios que al inocente vela,  
 "Cubrirá tu cabeza con las alas  
 "De sus querubes, hijo de mi vida.....  
 "Adios!" dijo la madre en voz ahogada  
 ¡Adios madre! Reinaldo sólo dijo,

Y salió de la estancia tropezando  
 Aun con las sombras impalpables. Ella  
 Callada, muda, con la vista fija  
 En el suelo, inmóvil permanece  
 Largo rato, entretanto que Reinaldo  
 Ni sabe adónde va, ni dónde pisa,  
 Ni adónde se dirige. Ya que lejos  
 Estuvo el hijo, un grito doloroso  
 Lanzó la madre y anegóse en llanto.  
 Y á un tiempo mismo y en tropel sentía  
 En su imaginación acalorada,  
 Descender las memorias de su vida,  
 Todas de pena, y llanto, y de infortunio.....  
 Pobre mujer! Exhala esos gemidos  
 Y derrama á torrentes ese llanto:  
 El te consolará. Tú, mujer fuerte,  
 Mártir de libertad, tienes una alma  
 Grande como el dolor que te sublima;  
 Sufre, sufre en la tierra, que el destino  
 De las almas sublimes es la angustia,  
 La humillación y á veces el desprecio!  
 Tu gloria, que el imbécil no conoce,  
 Sólo Dios es capaz de comprenderla.  
 Lloro, llora sin tregua pobre madre,  
 Tu dolor intensísimo, tan sólo  
 Semejarse podrá á aquellos dolores  
 Que sufrió la paloma del Calvario!  
 Esta es la suerte del mortal humilde:  
 Gemir y padecer mientras alienta,  
 Mientras siente de vida los latidos.  
 ¡Don grande que nos dió la Providencia  
 Por el crimen atroz de haber nacido,  
 Por habernos prestado la existencia!

---



---

### CANTO DUODECIMO.



RA la media noche y tenebrosa  
 Y húmeda y triste ni mirar dejaba  
 En la inmensa extensión de las alturas,  
 Ni una estrella siquiera, ni el crepúsculo  
 Asomaba su opaca transparencia.  
 Tal vez medrosas las estrellas nítidas  
 Ocultaban su faz resplandeciente,  
 Por no ver las escenas dolorosas  
 Que en esa triste noche se anunciaban.  
 Filópatro y Dalmiro, silenciosos,  
 Llegaban al palacio meditando,  
 Uno en sus pensamientos de tristeza  
 Porque un presentimiento le revela  
 Un desenlace, aunque glorioso, triste;  
 Y el otro que soñaba en sus delirios  
 Que la noche pasase deseando,  
 Para llamar por siempre á su Lucila  
 Su esposa, y su ilusión, y su ventura.

Al llegar al palacio los amigos  
 Descubren desde luego que algo grande